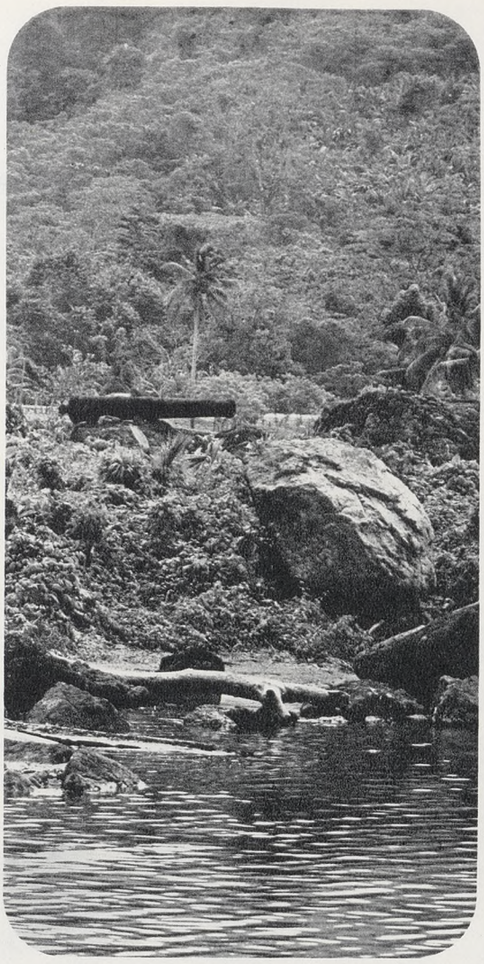
PORTOBELO, UN TEMA UNIVERSAL



EN la lista de los tesoros del patrimonio monumental de América está Portobelo. Su puesta en aceptación turística será la forma de su rescate histórico y de su revalorización cultural. Dos o tres años atrás solamente, era difícil llegar a Portobelo, como no fuera por mar, por helicóptero o a caballo; una buena carretera permite hoy el acceso, y son ya organismos internacionales los que se interesan en la restauración del lugar, cuya financiación, en lenguaje millonario, se recaba en estos momentos de la A.I.D.

La Historia dejó en Portobelo páginas irrepetibles en la defensa del continente, camino hacia los codiciados territorios del Perú, y como ciudad terminal que era de la ruta que hacía la flota procedente de Suramérica, sus ferias comerciales fueron famosas y reputadas por mucho tiempo como el mejor mercado del orbe.

Hoy sus cañones, silenciados por el tiempo, no vomitan fuego, ni hay piratas del mar Caribe que merodeen por sus fuertes, ni pasos de mulas, en caravanas de pesada carga, para venir desde Panamá; no hay tampoco ferias ni galeones en la bahía, ni cólera que diezme la población, ni venta de esclavos. Los cañones apuntan todavía a la entrada de la bahía, pero sus cureñas han desaparecido. El Cristo Negro sigue saliendo en procesión por las calles todos los 21 de octubre, pero los muros de San Felipe de Portobelo o Capilla del Hospital están derruidos. En pie aún el majestuoso edificio de la Aduana Real, pero no hay barras de oro o plata que guardar en sus almacenes. Y de aquel emporio mercantil que un día fueron sus ferias, sólo queda lo que cuentan los legajos en los archivos de Indias, en Sevilla, de cuando a Portobelo iban mercaderes europeos a comerciar con hidalgos españoles que venían de tierras del Perú, del Ecuador y de Panama mismo.

Ese bello rincón de la costa Atlántica de Panamá, que es Portobelo, fue desde su fundación en 1597 hasta mediados del siglo XVIII, el centro de la economía de las tierras americanas. Actualmente el Gobierno panameño se ha propuesto colocar de nuevo a Portobelo en los mapas del mundo.

Dicen que de sus aguas se levantaban, hasta hace poco todavía, los fantasmas de sir Francis Drake y de Harry Morgan y merodeaban por las almenas de los fuertes y castillos. Pero, cierto o falso, todo quedó atrás, en la historia o en sueños, y Portobelo despierta hoy, mientras en el fondo de su bahía yace dormido para siempre el temible Drake, desde que su cadáver fuera arrojado a las aguas.

POR LOS CAMINOS DE LA GUERRA EN LOS DESTINOS DE AMERICA

Protegida por una angosta entrada que forman dos puntas de escarpadas montañas, la ensenada de Portobelo, de más de dos kilómetros de profundidad, por uno en la entrada, contrasta en el azul de sus aguas con el verde de la selva que la rodea. Se comprende que Colón llamase al lugar «bello puerto» o «Porto bello».

Al principio fue Nombre de Dios la ciudad terminal de la ruta del comercio peruano, pero desechada luego por razones de insalubridad, después fue Portobelo, que llegó a ser, además de nudo comercial de todo el continente, antemural de las Indias y llave de entrada a la envidiada posesión de América del Sur. Allí no hubo un fuerte, ni dos, ni tres... Allí hubo todo un complejo de fortificaciones. Ya a principios del siglo XVII, fray Antonio Vázquez de Espinosa escribía al Rey, en 1612:

«Tiene la ciudad dos fuertes o castillos, uno a la entrada de Boca, que se dice San Felipe (todo fierro), con su castellano y sesenta soldados de guarnición, sin los artilleros y demás oficiales, con buena artillería de bronce, y otro, el castillo de Santiago, a la entrada de la ciudad, con veinticinco plazas sin el capitán, artilleros y oficiales, con buena artillería de bronce. Posteriormente se construyeron otras defensas, la principal de éstas es el castillo de San Gerónimo cerca del fondeadero, diseñado por Antonelli. En el fondo de la bahír, apretado por selvas y manglares, está el castillo de San Cristóbal; en la margen izquierda el castillo de San Fernando, cuyas espaldas guardaba el fuerte de San Fernandito, y sobre las colinas de la banda sur, otros fortines: el Perú, Triana y la Trinidad, que vigilaban los accesos y defendían las primeras líneas.»

Portobelo es parte de ese fascinante tema que es la historia militar, de más de trescientos años, de la América hispana. Y fue victoria y fue fracaso. Ventura y aventura.

Portobelo fue pieza clave en el sistema defensivo de fortificaciones, desde la Florida hasta buenos Aires, con el Caribe como centro. Y fue con Chagres y Panamá, «un triángulo de portillos que en el Istmo cerraba la penetración hacia el Perú, frente al objetivo del almirantazgo inglés para cortar el camino de los dominios españoles».

Sus días terminaron cuando aún no había acabado, en el siglo XVIII, la Gran Polémica del Caribe, y el escenario de la guerra se alejó de sus costas. Pero fue, como todas estas fortificaciones en América —así lo creemos nosotros—, más que el desafiante orgullo de una España virreinal, la protección de la colonización y de la obra cultural en todo el Continente, y lo que impidió que fueran otros los destinos de América.

NOTAS PORTOBELEÑAS. LAS FERIAS

Portobelo constituye un raro ejemplo de plaza militar abierta, no enclaustrada dentro de un muro protector. Antonelli la concibió abierta y así quedó, aunque se alcanzó a levantar después, en el casco urbano, un recinto con puertas, pero quedó luego derruido y la idea se abandonó definitivamente.

La ciudad, de pequeña población, tenía dos plazas, una frente a la iglesia, y otra frente a la aduana, que nucleaba la población y era el centro comercial en las ferias.

PORTOBELO, UN TEMA UNIVERSAL

La Historia grabó en Portobelo páginas incomparables. Bello rincón de la costa atlántica de Panamá, Portobelo fue centro económico de las tierras americanas.

Para asegurar el control del comercio del continente americano, se creó el sistema de ferias y galeones, siendo Nombre de Dios primero, y Portobelo después, la culminación de los dos comercios: el de Lima, de donde fluía la plata, y el de Sevilla, de donde venía la mercadería europea.

Don Alfredo Castillero Calvo, director de la División de Turismo Histórico y Social del IPAT (Instituto Panameño de Turismo) y director del Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Panamá, nos cuenta que «en 1637, en un solo día, fueron contadas en la Feria de Portobelo doscientas mulas cargadas de barras de plata y que en los tiempos de esplendor duraban de cuarenta a cincuenta días. Se ha estimado que entre 1574 y 1702, esto es, 128 años, fueron enviadas 45 flotas de galeones, ninguna de las cuales condujo menos de treinta millones de pesos. Todavía en 1708 los galeones transportaban cerca de 40 millones de pesos. Y en la feria de 1724 un observador calculó que se habían hecho transacciones por treinta millones de pesos».

«El extraordinario volumen del comercio, así como las crecientes defraudaciones del fisco, determinaron desde un comienzo la necesidad de construir un edificio donde se llevasen los registros fiscales y se depositasen las mercancías y barras de plata durante las ferias y a la vez que sirviese de decorosa residencia al gobernador de Portobelo. Arquitectónicamente, la Aduana portobeleña responde a los modelos del Renacimiento, aun cuando cronológicamente distase de otras construcciones renacentistas que España hizo en América, como el Alcázar de Colón, en Santo Domingo, y el Palacio de Cortés, en Méjico. Su estructura y dimensiones —un rectángulo de 55 metros de largo por 19 de ancho— respondía a sus fines: almacén de las mercaderías indianas, oficina fiscal para operaciones de intercambio, depósito de las Cajas Reales y residencia del Gobernador y de los oficiales reales.»

Los edificios públicos se reducían entonces a la Iglesia Mayor, Convento de la Merced, Hospital Real, las Casas Reales y el Cabildo. La población española era un pequeño porcentaje de los residentes permanentes; en su mayoría, la población era de soldados, y fuera del casco urbano había varios populares de negros y esclavos. A un costado del camino, en las afueras del pueblo, se encontraba un pequeño rectángulo murado, que debió ser el «patio de mulas», donde los arrieros recogían sus acémilas, que cargadas de mercancías o barras de plata y oro, marchaban a través del Istmo.

Los portobeleños hoy y habitantes de la región vecina, son en su gran mayoría criollos o mulatos, que «llevan en la sangre tradición de siglos, y conservan aún, algo modificados, usos, costumbres y bailes». Todavía hoy, en la región de Portobelo, cada pueblo —nos cuenta José T. Tuñón— tiene un grupo de personas que se denominan «negros congos», y en fechas especiales ejecutan bailes primitivos, de puro sabor africano, continuación de los que sus antepasados hacían, una vez al año, el día que daban libres a los esclavos. En el baile de entonces, los negros hacían mofa de sus amos. Hoy el espíritu del baile es de mofa también.

Los «negros congos» de los poblados vecinos van a Portobelo en Carnaval, recorren las calles bailando y vestidos estrafalariamente, se mofan de todos y todo lo dicen al revés. Al amigo le dicen enemigo, y si quieren decir que es de día, dirán que es de noche. Se burlan de todos, y el miércoles de ceniza, en las casas hay regalos para cuando ellos pasen. El baile de los congos se ha integrado actualmente al folklore de Panamá.

Hay en la ciudad un famoso «Cristo Negro», orlado de leyendas, que es objeto de veneración nacional. Es una imagen morena, hecha en España, que en viaje a Cartagena, naufragó, y las olas la llevaron a las playas de Portobelo, cuyos habitantes se negaron a desprenderse de ella. La imagen polariza la devoción de toda el área.

PORTOBELO, PLAZA CODICIADA. VERNON

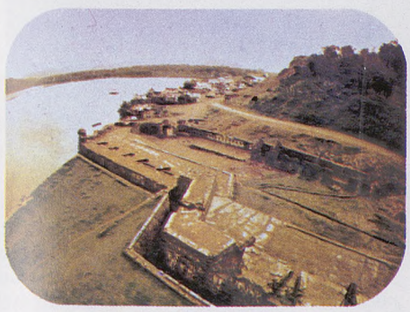
El istmo de Tierra Firme fue uno de los enclaves codiciados por piratas y filibusteros de los siglos XVI y XVII, «Theatro del Maior Mercado que se conoce en el Orbe, con la concurrencia de los Galeones en Portobelo, por la Vanda del Norte, y de la Armada del Sur por el de Perico para las Ferias de los dos Comercios de estos Reynos y los del Perú.»

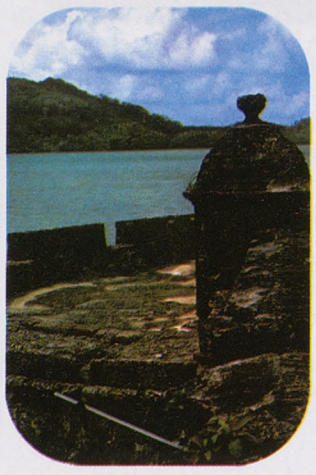
Hay en estos siglos de piratería una furia implacable desatada contra España, el caso, entre otros, de Morgan, cuando en 1668 tomó, asaltó y devastó por completo a Portobelo.

Don Juan Manuel Zapatero, en su obra *La guerra del Caribe en el siglo XVIII* (obra que no debe faltar en la biblioteca de quien se precie de conocer los siglos virreinales de la América española), nos dice que «Portobelo, preciada plaza en los siglos XVI y XVII, fue escenario de los terribles ataques de Hawkins, Morgan..., y fue lugar fijado para el corte ístmico por Inglaterra, que intentara Vernon en sucesivas ocasiones —1739 y 1742—. Ciudad muchas veces asediada, quedó sin embargo relegada al olvido en los planes británicos de la segunda mitad del siglo 18, en razón del decaimiento comercial que forzaran las nuevas rutas abiertas por el Estrecho de Magallanes».

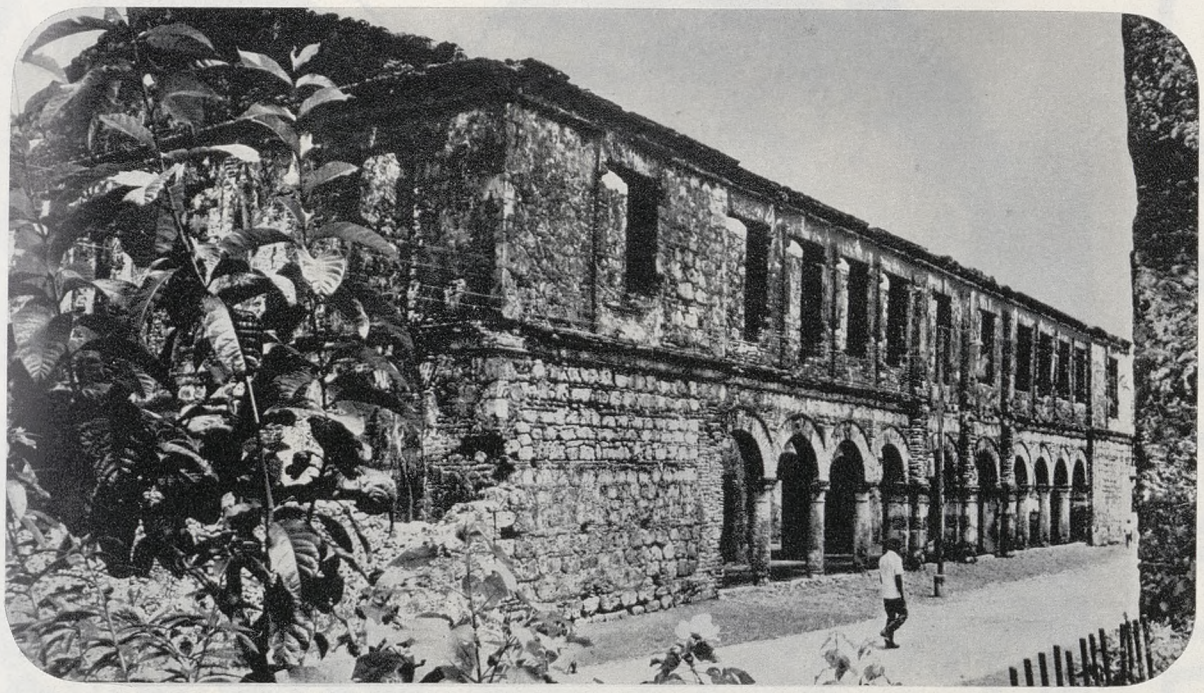
No cabe duda que fue en su día «el triángulo territorial de alta valoración por las dos fuertes coronas en disputa —España e Inglaterra—, el formado por San Lorenzo de Chagres, Portobelo y Panamá».

Es preciso señalar que el triunfo de Vernon en Portobelo, en 1739, fue un acontecimiento de júbilo en Londres, acuñándose monedas conmemorativas y la victoria dio pie a Inglaterra para su ambición de cortar los dominios españoles. «Si Inglaterra hubiera conseguido en estas metas el triunfo que les hizo suponer la victoria de Portobelo, en 1739,





En la lista de los tesoros del patrimonio monumental de América está Portobelo. Antonelli concibió Portobelo como plaza abierta y así se mantuvo a lo largo del tiempo.



PORTOBELO, UN TEMA UNIVERSAL

fácil es suponer el cataclismo político y militar que hubiera sacudido a los virreinatos americanos. Pero España libró bien la primera fase de la Guerra del Caribe, y los nuevos ataques de Vernon sobre Portobelo, en 1742, fueron desbaratados.»

Los cañones de San Felipe de Barajas, en Cartagena de Indias, se encargarían después de la más aplastante derrota de Vernon y de que la América del Sur no pasase a ser un continente que hablase inglés. Los cañones defendieron el idioma.

«La Guerra del Asiento (1739) terminó con el importante tráfico comercial y se abrieron nuevas rutas por el Cabo de Hornos, que alejarían la pesadilla de la guerra en estos litorales, pero originó su decaimiento comercial y la excepcional importancia que tuvo en los siglos precedentes.» (J. M. Zapatero.)

¿QUE PASA HOY CON PORTOBELO?

Veamos ahora qué es o qué pasa hoy con Portobelo, porque cuando la ONU termine el catastro mundial que actualmente está haciendo de los monumentos internacionales de valor universal que hay que cuidar o salvar a toda costa, ahí estará, sin duda, en esa lista, Portobelo, hasta hace muy poco perdido, en buena parte, en el marasmo verde y en la selva húmeda.

A Portobelo había primero que redescubrirlo, y así se ha hecho. Creada por el Gobierno Revolucionario la conciencia nacional sobre el desarrollo de todos los recursos del país, se procedería, en trabajo conjunto del IPAT y de la Organización de Estados Americanos (por su nuevo Programa de Protección y Utilización del Patrimonio Artístico e Histórico de América) a elaborar un proyecto de factibilidad de restauración.

Ya antes había venido a Europa el doctor Alfredo Castillero Calvo, a hurgar en archivos españoles, londinenses y parisienses, cuanto de documentación panameña hubiese, en una labor exhaustiva de las fuentes históricas del país. Y una Comisión interministerial, para la protección y restauración de los monumentos nacionales, presidida por don José R. Arias, gerente general del IPAT, canalizó todo un programa posible para la recuperación de Portobelo, procediéndose de inmediato a la integración de una comisión técnica, dependiente del IPAT, para el ajuste de las primeras acciones y haciéndose incluso en seguida una carretera para llegar al lugar.

Facilitado el acceso y hechos los primeros trabajos de limpieza, empezaron a surgir de la sombra y a despertarse del olvido, fortificaciones, como el baluarte de San Pedro, un recinto amurallado de San Carlos, del que no se tenía noticia, el fortezuelo de Santiago, el fuerte Farnesio y piezas de muchos otros fuertes: San Fernando, San Gerónimo, Santiago de la Gloria... Hoy es un nuevo Portobelo el que hay, lleno aún de cicatrices, y se solicitó la asesoría técnica de la OEA, que contrató a los arquitectos españoles, señores Valcárcel y Landines, para el reconocimiento, recomendaciones y un plan piloto de restauración de la parte civil, urbanística y religiosa de la ciudad, y en la parte castrense se contrató al especialista español, don Juan Manuel Zapatero, que del estudio asesor histórico-militar que ha hecho —máximo documento que se considera que no podrá ser superado—, hará la OEA ahora una edición.

En estos momentos Portobelo, salido totalmente a luz, con moderno acceso a él y hechos los trabajos preparatorios de limpieza, es objeto de un ambicioso programa de restauración y rehabilitación. El plan es de tal magnitud, que se está en conversaciones con la AID para un amplio financiamiento, que comprendería incluso obras como las de saneamiento de la bahía, saneamiento ambiental, electrificación, una carretera de circunvalación, dos hoteles y un Museo de la Historia del Caribe, obras todas estipuladas en términos no inferiores a seis millones de dólares.

En espera de una favorable aceptación por la AID, el Gobierno ha votado un primer crédito, de un cuarto de millón de dólares, para trabajos preparatorios, que de inmediato comenzarán. Luego se procederá por etapas o misiones anuales a la restauración y rehabilitación, y se solicitará de nuevo la intervención española, sobre todo en la asesoría de la compleja parte castrense.

VOLVERA DE NUEVO EL ORO A PORTOBELO

Portobelo había quedado hasta ayer prácticamente borrado del mapa. Hoy se puede hablar con propiedad de una reaparición de Portobelo. Y dentro de los próximos años, cuando a su rostro secular se le haga la «cirugía plástica» de sus monumentos, revivirá sus días de convergencia de los caminos del mundo, no para las ferias, en las que «se guardaban barras de plata, como troncos de madera», pero sí para las modernas atracciones turísticas.

Cuentan las crónicas que la moneda fue en Portobelo, además de instrumento de cambio, una mercancía de exportación, porque la Casa de Contratación dispuso, para evitar la burla de los impuestos reales, que no saliese oro ni plata sino amonedado.

Y si es verdad que Morgan, de una de sus incursiones a Portobelo, se llevó tanto oro y tanta plata, que necesitó el acarreo de 195 mulas para trasladar el tesoro hasta el embarcadero de Chagres, no es menos cierto que vendrán próximamente turistas de todas partes a devolver a Portobelo su condición de cruce de los caminos del mundo. Y volverá de nuevo el oro a Portobelo, pero esta vez el oro de la economía moderna que en términos de divisas le podrá proporcionar el turismo.

Nivio LOPEZ PELLON

(Fotos: IPAT y Ministerio de Educación de Panamá, «Jimmy»)